

pagar a mí también—a mí que nada tengo que ver en ello—el mal que vosotros habéis cometido? ¿Debo padecer yo de este modo, porque vosotros os habéis engañado? Pero, ¿es así como razonais?

Nada de eso; ellos no razonaban de ninguna manera. Era Dios, quien lo quería así ya, como castigo. Y se estaban oyéndole, impasibles, con los ojos fijos y vagos en los duros rostros terrosos. La paja... el capote... la vasijita de agua... el pan, con el sudor de la frente... y vaya usted a evacuar al aire libre.

Hasta llegaban a sacrificarse, uno por vez, estando allí de guardia, y a hacerle algo de compañía también. Sí, señores, y le hacían hablar de Dios y de ciencia, y de las cosas de la ciudad, y del campo; de los buenos años que se daban en otros tiempos, cuando había más religión, y de algunas enfermedades de las plantas, que, antes, cuando había más religión, no se conocían.

Y aquel viejo Almanaque que habían hallado, quién sabe dónde, y que la noche de un domingo, uno de los tres le llevara, para que engañase la ociosidad leyendo, él, que tenía la gran suerte de saber leer...

—¿Qué decían, qué decían aquellos grabados, con todas aquellas lunas, y aquella balanza, y aquellos peces y aquel escorpión?

Oyéndole hablar, despertábase en ellos una voraz curiosidad por saber, llena de gruñidos de asombro y de infantiles atolondramientos, a los

que él, poco a poco, comenzaba a tomar cierto gusto, como a una cosa viva que nacía de él, de todo cuanto en aquellas conversaciones sacaba, como nuevo, también para sí, de su espíritu, tras tantos años dormido en la pena de su dolorosa existencia.

Y comenzaba a sentir que aquella era también para él una vida, a la que había acabado por adaptarse, una vez aplacada la indignación, ante una fatalidad que no se le presentaba ya como pasajera, aun cuando extraña o como suspendida en el vacío.

Para todos, ya, en sus tierras lejanas, en su pueblo, habría muerto. Tal vez, nadie se interesó en hacer investigaciones tras su misteriosa desaparición; y si, por acaso, le habían buscado, lo habrían hecho sin impacencias, sin importarle a nadie el hallarle. Una vez transcurrido el tiempo prescrito por las leyes, la mujer entraría en posesión de la herencia, y ¡adiós!

Pero tan fatigado, tan postrado, con aquel corazón más árido y más seco que la greda de la montaña, ¿le importaba ya, realmente, volver vivo a la vida de antes? ¿Tenía motivos para echar de menos todo cuanto le faltaba, si para volver a alcanzarlo tendría que ser a costa del amargo hastío de antes? ¿No se arrastraba antes, en el pueblo, bajo el peso de un tedio insoponible? Aquí, por lo menos, se hallaba tendido y sin reprensiones.

Los días se le pasaban, en aquel silencio de altura, casi fuera del tiempo, vacíos de todo sentido y sin objeto. En aquella vacuidad suspensa, hasta la misma intimidad de su propia conciencia se le paralizaba; miraba sus hombros y la tierra de la cueva, como las únicas cosas que existieran; y fijaba los ojos en su mano como si existiese sólo por ella misma como aquellas piedras y aquellas malezas en aislamiento espantoso.

Sólo que, al advertir, paso a paso, que cuanto le había ocurrido no era una desdicha tan grande como en su indignación le había parecido al principio (¿qué desdichas podrían ya ocurrirle a él?), comenzó a reconocer que, realmente, era un duro y grave castigo el que aquellos tres hombres se habían impuesto al conservar la vida.

Muerto, como estaba ya para todos, permanecía vivo sólo para ellos, con todo el peso enorme y vano de aquella vida inútil, de la que él, íntimamente, se sentía ya libre. Podían arrojar, como si nada fuese, aquel peso, que no tenía valor alguno para nadie, del que ya nadie se cuidaba; y, en cambio, cargaban con él, lo soportaban, resignados al castigo que ellos mismos habían impuesto. No solamente no se quejaban de él, sino que hacían todo cuanto les era posible por agravar su propio castigo con los cuidados que le prodigaban. Porque le habían tomado afecto los tres, como a una cosa que les perteneciese a ellos, y de la cual extraían misteriosamente una

satisfacción, que su conciencia ni siquiera necesitaba, pero que durante toda la vida hubiesen echado de menos, cuando les llegara a faltar.

Filicó llevó a la cueva un día, a su mujer con un chiquillo al pecho y una niña de la mano. La niña llevaba al «abuelo» una gran rosca de pan «quemado». ¡Con qué ojos habíanse quedado mirándole la madre y la hija! Deberían haber pasado ya varios meses desde el secuestro, y quién sabe en el estado que se encontraba: la barba enmarañada en las mejillas y en el mentón; sucio, andrajoso. Mas reía, para demostrarles una buena acogida, agradecido a la visita y al regalo del pan. No obstante, puede que aquella misma risa en su rostro desvaído, era lo que había causado espanto en la buena mujer y en su hija.

—No, pequeñita, ven aquí... ven aquí... Toma, te daré un trocito: cómelo. ¿Lo ha hecho mamá?

—Mamá...

—¡Muy bien! ¿Tienes hermanitos...? ¿Tres...? ¡Uy, pobre Filicó, cuatro hijos ya...! Tráeme a los muchachos, deseo conocerlos. ¡La semana que viene! Bien. Pero... esperemos que no llegue a ella...

* * *

Y llegó. ¡Ya lo creo! Largo, muy largo, quiso Dios que fuese el castigo.

¡Duró más de dos meses aún!

Murió un domingo, un hermoso atardecer en que, allá arriba, había tanta luz aún como en pleno día. Filicó había llevado sus hijos a ver al «abuelo» y «Manuza» los suyos. Murió entre aquellos chiquillos, mientras bromeaba con ellos —como un chiquillo más—, disfrazado con un pañuelo rojo sobre los cabellos lanosos.

Los tres acudieron a levantarlo del suelo cuando le vieron caer de repente, mientras reía y hacía reír tanto a los niños.

¿Muerto?

Apartaron a los chiquillos; los hicieron retirar con las mujeres. Y le lloraron, le lloraron, arrodillados los tres junto al cadáver, y rogaron a Dios por él y también por ellos. Luego le enterraron en la cueva.

Durante toda la vida, si alguien por casualidad nombraba delante de ellos a Guarnotta y su misteriosa desaparición:

—¡Un santo!—decían—¡Oh! ¡Ese se ha ido con zapatos y todo al cielo!

Porque el purgatorio, bien lo había pasado en este mundo, por culpa de ellos.

INDICE

	Págs.
PORTADA.	3
De cómo Cirinció olvidóse por un momento, que era él.	5
El café nocturno.	20
De la nariz al cielo.	32
Las tres.	55
La pensión vitalicia.	68
Ayer y hoy.	116
Como gemelas.	151
Hilito de aire.	145
Un matrimonio ideal.	156
El marido de mi mujer.	169
La sombra del remordimiento.	179
El cuervo de Mizzaro.	202
El frac estrecho.	210
El jardincillo.	254
El secuestro.	248